
Alberto Ruy Sánchez

Los motivos secretos



Caminando por la calle del Caracol me acerqué a la única parte de la muralla sobre la que no se estrellaba el agua. Una lengua de arena unía al continente con Mogador, tocando la ciudad por el lado de la muralla que más se escondía a la salida del sol. Ya se me había advertido que era un pasaje prohibido por ser de arena doblemente movediza: sobre un suelo pantanoso que había devorado a varias generaciones de viajeros desafiantes, se desplazaban a una velocidad multiplicada por el viento enormes dunas que grano a grano transformaban en segundos el paisaje montañoso. Ni las aves de rapiña se atrevían a trazar en el cielo sus círculos de muerte sobre este terreno, temiendo que la punta de alguna de esas montañas en movimiento pudiera sorpresivamente morderles el vuelo, limarles las plumas y sepultarlas en su acarreo. Mucho menos se arriesgaban las hienas, los lobos y los camellos salvajes a poner las patas en la arena que iba y venía de Berbería a Mogador.

Cuentan que una enorme procesión de misioneros cristianos quiso llegar a Mogador a través de las montañas veloces y que en días claros todavía se ven sus esqueletos moviéndose obstinados entre las dunas, con cruces erectas en las manos. Y que mucho antes, un príncipe oriental fascinado por su propio poderío, hizo a sus sabios construir un vehículo especial para que él y su corte pudieran cruzar triunfantes el estrecho de dunas y pantanos. Los sabios trataron de disuadirlo y amenazados de muerte idearon finalmente el transporte que se les exigió. Entre los viajeros, sólo el príncipe debería comprender el mecanismo. Sus mil cortesanos lo siguieron deslumbrados

por el oro de las túnicas que su soberano les daba para el viaje, o deslumbrados también por el resplandor del sol en las espaldas de los guardias imperiales. Uno por uno fueron recostando sus cuerpos en cajas de piedra arenosa; moldeadas a su medida. Las cajas fueron colocadas en un inmenso velero que se movía sobre mil delgados deslizadores.

El velamen era tan grande que podría ocultar la presencia del sol durante casi todo el día, y una vez que acumuló el aire de dos semanas para hincharse, la carretilla de mil patas se dirigió por una pendiente hacia Mogador. Pronto se distinguía en el horizonte sólo el velamen y nadie vio de cerca cómo lo devoraron las dunas. Las previsiones de los sabios parecían cumplirse satisfactoriamente. Ellos le habían explicado al príncipe que la travesía era posible únicamente en un tiempo largo, mucho más allá de su muerte y de la de aquellos que lo acompañaran. La vanidad de imponer su voluntad incluso después de que acabara su vida le iluminó la cara, le reventaban los espejos al mirarse pensando en su hazaña. Aceptó viajar en un inmenso mausoleo movido por el viento y sepultó en vida a su corte. Los ataúdes eran de piedra arenosa y se desintegrarían al ser limados por las dunas, los cuerpos se pudrirían durante ese tiempo y las túnicas de oro y los huesos correrían la misma suerte de los ataúdes.

El velamen evitaba que los cuerpos se hundieran en los pantanos, pero garantizaba su desintegración en la fricción de la arena. No era posible vencer esos dos peligros al mismo tiempo y sólo se podía salir de alguno entregándose completamente al otro. Sin embargo, los sabios conocían hasta el más

mínimo movimiento de los astros y podían prevenir las mareas, las lluvias y el viento. Calcularon que enfilados en la buena dirección y en el momento oportuno, mil y un esqueletos molidos llegarían en 233 años y diez días a desparramarse como una polvareda menuda sobre las calles del lado oeste de Mogador, levantados por un breve remolino poco antes de las seis de la tarde.

El príncipe intentó asegurarse de que sería recibido con alegría en las calles de Mogador y de que su proeza no sería fácilmente olvidada; para ello vistió con túnicas de oro a su corte, esperando que la avaricia fuera milenaria y aún después de tantos años el oro llamara en masa a los habitantes para recibir, con las manos y las bolsas abiertas, al príncipe y a su comitiva dorada. El hijo del emperador se imaginaba a sí mismo atravesando invencible las inmensas murallas en un remolino de cal, oro y arena. Pensaba que muchos hombres gastarían su vida observando desde las torres el movimiento de una cresta dorada sobre las dunas, y que no pocos morirían intentando alcanzarla antes de que fuera el tiempo de su llegada.

Pero el príncipe extranjero no podía saber que en estas tierras, tan milenario como la avaricia es el temor a los muertos insepultos. Mogador vivía alrededor de su cementerio: en el centro de la ciudad un mismo edificio albergaba los baños públicos: El Hammam, donde se daba el ritual del renacimiento del cuerpo, y la boca del profundo túnel donde se abandonaba con rápidas ceremonias a los muertos. Nadie sabía con seguridad si ese túnel era una formación natural de las rocas o si había sido construido por los antiguos habitantes de Mogador. Un mito lejano lo atribuía a los primeros pobladores de la ciudad que eran semidioses y necesitaban hacer pasar sus cadáveres por el túnel para purificar sus cuerpos de las imperfecciones que les otorgaba la muerte. El túnel los llevaba al mar y al comenzar a subir la marea una brisa ligera conducía a las almas purificadas de regreso hacia la ciudad, disgregadas en la sal del aire, ligeras. Las almas se impregnaban desenvueltas en la ciudad y en sus habitantes. El sabor salado del aire, al ser percibido en la lengua era un signo de la salud y la alegría que los muertos otorgaban a los vivos. Todos los habitantes de Mogador iban diariamente a las murallas para tomar en la brisa y en los últimos rayos del sol, un baño de eso que ellos consideraban como la parte más íntima y más valiosa de sus antepasados. La piel bronceada era en Mogador la huella alegre de los muertos. Hombres y mujeres iban al puerto para conocer en el aire el efecto de los suyos.

Al atardecer se oía el canto de quienes reconocen a sus muertos y conversan con ellos. En el horizonte responde un eco, todos saben desde dónde viene y a quién llama. Cada uno ahí es nombrado con afecto por los ruidos y la luz del mar que los rodea. Y ya en la ciudad todos viven con las almas de sus muertos. Ellas miran con benevolencia desde todos los rincones húmedos. Viajan en el aire pero duermen en la humedad de los muros. Impregnan los objetos más resistentes (las piedras, los dientes), se acomodan en algunos con preferencia: los recipientes de sal y de especias, los cojines abullonados, la madera blanda y los papeles doblados en la oscuridad.

Todas las almas que vienen con el mar han pasado por el túnel que les permite regresar purificadas a ocupar de una manera más sutil y delicada el vacío que dejaban con su muerte. Pero las otras almas, las que no han sido mejoradas por el túnel son odiadas y temidas. Vienen también con el viento pero por el lado de la ciudad donde el mar no moja las murallas. Ellas producen entre los vivos los peores padecimientos del alma: los de la melancolía. Esos son los muertos insepultos, los que no conocen las virtudes del agua y todo Mogador les huye. Pueden penetrar en la ciudad sólo con los remolinos que saltan murallas, por eso en el lado oeste se



levantan esas torres de madera con aspas y esas tarimas inclinadas que rompen todos los remolinos diez metros antes de que su viento rizado pueda insinuarse sobre las murallas.

El príncipe oriental no vivió para saber que incluso los muertos tienen que llegar a la arrinconada Mogador sólo a través del agua. Habiendo tomado el oro como vehículo de su fama a través de los años, ni siquiera tuvo tiempo de ver que el brillo de su valiosa comitiva se veía rápidamente opacado ante el pavor que despertaban las mil y un almas insepultas que él y su corte eran. Sus sabios tampoco podían saber que el enorme rompavientos construido al pie de Mogador cambiaría



el recorrido de las dunas y por lo tanto se alterarían los vientos favorables que ellos habían previsto para que huesos y oro viajaran en un solo montón durante tanto tiempo. Diseminado en el desierto, ni todo el oro del príncipe hubiera sido capaz de tentar la avaricia de cualquiera. Mezclados en el polvo de las vastas dunas veloces, ni los huesos de todos los súbditos de su imperio hubieran podido distinguirse de la arena en movimiento. Nadie espera la llegada del príncipe y nadie la desea. Los que no lo han olvidado y cuentan todavía su leyenda, lo reinventan con el temor de encontrarlo un día tirado en el suelo de su casa, dentro de alguna diminuta limadura de hueso. Los que aún lo nombran buscan ahuyentarlo afirmando el fracaso de su viaje.

Pero...¿y si lo que en Mogador se considera una derrota del príncipe fuera en realidad su victoria? Es probable que sus ambiciones fueran más amplias y duraderas de lo que parecen en esta historia, y que su hazaña fuera del orden de lo secreto. En todo caso, hay indicios que hacen dudar de la tenacidad del príncipe por dirigirse a una muerte tan segura. Hay también enigmas que hacen pensar en que eran otras sus aspiraciones. ¿Por qué haberse obstinado en llegar a Mogador por tierra cuando la navegación era más conocida en oriente que en Europa o en Berbería? ¿No habla ya Marco Polo de que son millones los barcos que navegan en los ríos de China? Eso hace pensar que el príncipe tenía que llegar a Mogador, pero de esa manera precisa. ¿Qué puede significar Mogador para una cultura tan lejana que amerite llegar a la ciudad siguiendo ciertos movimientos y no otros?

Desde épocas muy lejanas los relatos de viajeros chinos dan cuenta de una ciudad que corresponde en todo a Mogador. La describen como una isla misteriosa y lejana habitada por los Seres Inmortales, que conocen el secreto de la purificación del alma una vez que ésta desconoció las imperfecciones del cuerpo. Dicen también que esa isla es vista con tanta envidia por los genios malignos y mortales que habitan los granos de tierra, que incansablemente lanzan contra sus murallas montañas de arena. En seguida describen la orientación de la ciudad, el trazado de sus calles y el espesor de sus murallas y aconsejan que el imperio entero trate de ser semejante en todo a la ciudad de los inmortales, por lo que le piden al emperador que haga construir con urgencia una inmensa muralla que proteja completamente al imperio del caos que existe en las tierras extrañas y en sus habitantes malignos.

El príncipe conocía sin duda estas referencias, y es de suponer que su viaje y los preparativos de su llegada a Mogador fueran parte de un ritual del que difícilmente nos será posible conocer con seguridad su secreto. Hay sin embargo dos indicios más que permiten imaginarse de qué naturaleza era la búsqueda de los inmortales emprendida por este soberano. Un cronista de la dinastía Tsin describe a este príncipe como un personaje enigmático y melancólico, dedicado a la alquimia desde muy joven. Su padre ya había buscado la ruta de la inmortalidad indicada por las erupciones de los metales al transformarse en oro. Por error descubrió las erupciones del salitre que lo llevaron a las del nitrato y la pólvora, que le quemaron las barbas. Continuó haciendo las mezclas desaconsejadas por los libros taoístas hasta que perdió tres dedos de

la mano izquierda y dos de la derecha, y comenzaron a ponerse negros los brazos. Buscó entonces la fórmula del cinabrio que debería prolongarle la vida y hacer que sus dedos arrancados le crecieran de nuevo. Lo bebió tres veces al día durante tres días y el cabello en todo el cuerpo se le hizo rojo, los brazos perdieron su color amoratado infeccioso, pero ni las uñas le brotaron de nuevo. El mismo cronista dice que el emperador continuó poniéndose intensamente rojo hasta confundirse con las nubes encendidas de un escandaloso atardecer sobre el río amarillo, y en cuanto se instaló lo oscuro de este lado de las montañas nada más se supo nunca del emperador ardiente.

El hijo del emperador heredó los utensilios del padre muchos años antes de iniciar su viaje a Mogador, pero tal parece que no fue iniciado en los procedimientos alquímicos por él sino por algún otro hombre de saber que visitaba su corte.

El segundo indicio nos viene de un alquimista chino que vivió ciento diez años después en la dinastía Han, y que transcribe en su *Tratado sobre las bodas del Dragón y el Fierro*, todas las fórmulas alquímicas que conoce, por haberlas probado él o sus maestros. La experiencia más antigua que relata es de tres generaciones anteriores y aunque no menciona con precisión sus referencias, es muy probable que se trate de la experiencia del príncipe en la lengua de arena que une a las costas de Berbería con Mogador. Un príncipe alquimista, Wuti, busca en vano el secreto de la permanencia absoluta en la vida. Durante una época pensó que en la sangre debería estar el fuego que nunca se apaga. Experimentaba con sus sirvientes, vaciando las venas de algunos y petrificando completamente las de otros. A través de los años, resultaron más resistentes esos hilos de sangre petrificados que los mismos huesos de los cuerpos que se conservan aún en el pabellón prohibido de Pekín como evidencia perpetua de los experimentos del príncipe. Él dejó de inquietarse por encontrar la vida eterna de la sangre en sus sirvientes cuando el sabio Luan-tuai le reveló sus secretos: Era necesario mantener un fuego encendido durante nueve meses y sobre el fuego una calabaza bañada en cinabrio que debería cocerse muy lentamente. De esa manera se conseguía que en la gruta del vegetal nacieran los seres sobrenaturales que surgían a partir de las semillas fundidas. Esos seres se llamaban cinaburos, y sólo en su presencia se convertía el fermentado líquido en oro. Ya que se obtenía el material brillante, con él se hacían utensilios para beber y comer. Los alimentos que pasaran por ellos aseguraban en quien los tomara una vejez prolongada.

Así hizo el príncipe, pero la promesa de una larga vejez no era un verdadero aliciente para sus veinticinco años. Prefería pertenecer a la raza de los inmortales aunque para ello, como le había advertido Luan-tuai, tenía que viajar hasta la isla de Pong, que es isla no por estar en medio del mar sino rodeada de la "masa confusa", del caos. Y no bastaba con llegar e instalarse entre los habitantes de Pong; la inmortalidad no le vendría por vivir con ellos, era necesario instalarse en ellos. El príncipe tendría que pasar por la disolución, mezclarse con la "masa confusa" para acercarse a su objetivo eterno. Ya diluido en el caos tendría que entrar en los habitantes de Mogador para renacer entre ellos, surgir de su carne bron-

ceada. Así preparó su plan: primero él y su comitiva serían lanzados a la minuciosa trituración de la arena. Su corte iría forrada de oro pero él además lo bebería: dos semanas llevaba tomando únicamente *aqua aurea*. Ese líquido aseguraba que sus huesos fueran molidos por las dunas de una manera más fina e inconsistente, pero que al mismo tiempo cada grano de sus huesos contuviera las virtudes vitales del metal amarillo, que está entre el reino animal y el mineral. A diferencia de sus súbditos el príncipe sería fértil en cada una de sus más diminutas limaduras.

El inmenso mausoleo con velamen llevaba como única inscripción el ideograma que designaba a los inmortales y un poco más abajo el lema de su dinastía: "si la semilla no muere". Antes de dirigirse hacia la lengua de arena que sería su disolvente universal, el príncipe ordenó que una barca se acercara con mercancías al puerto de Mogador y dejara correr disimuladamente la noticia de los mil muertos insepultos que se dirigían en remolino hacia sus calles. Ordenó que cuando el pánico fuera seguro, los mismos comerciantes imperiales ofrecieran a los habitantes de Mogador un complicado mecanismo de aspas y veletas rompavientos, que lo colocaran en el lugar adecuado (a diez metros de la muralla) y abandonaran para siempre el comercio con ese puerto. "Así lo hicieron -según el alquimista alumno del alumno de Luan-tuai- y todos los habitantes de la isla Pong (Mogador) se acercaban confiados a ver de qué manera el rompavientos impedía que los remolinos tocaran de lleno sus murallas. Sin embargo, esos instrumentos de viento eran necesarios para que los granos del emperador se diferenciaran de los otros y lanzados por el mecanismo volaran hacia los tendederos de la ciudad, se quedaran invisibles en el hilo de las telas, flotarían transparentes en la superficie del agua potable y se deslizarían inevitablemente en todos los cuerpos afectados hacia las zonas donde las carnes se pliegan y se despliegan, se penetran y se llaman."

Eso es todo lo que el *Tratado sobre las bodas del Dragón y el Fierro* dice de esa experiencia citada como una más de las maneras de revivir eternamente pasando por la disolución mayúscula. En Mogador la gente dice que el príncipe extranjero fue vencido, y sin embargo desde hace diez años la mayoría de los niños tienen aquí los ojos rasgados y la mirada melancólica: por lo visto, el príncipe preparó en secreto el triunfo de su renacimiento, pero al mismo tiempo se aseguró un exilio del que nunca podría regresar, multiplicando así, a través de su descendencia, su ya milenaria melancolía. Una canción anónima que corre por las calles de Mogador dice:

Wu-ti llegó
a la isla Pong,
sobre una lengua
de tierra enfurecida,
juntó su polvo
con el polvo de las almas
inmortales.

Venció
y fue vencido. ◇